

En la meta

Raúl Jiménez Barrera

U nas maletas café; un pequeño candelabro incrustado en el piso (que sí enciende y que evidencia caída); una gran maleta-baúl; en un banqueto, un tocadisco portátil; una silla ejecutiva con ruedas; una rampa lateral, que lleva al resto de la casa. Personajes sin nombre: la madre, la hija, el escritor dramático, una criada. El personaje principal ya está en el escenario, es la mujer mayor, está sentada en la silla ejecutiva y da la espalda al público. Su presencia inunda por completo el primer acto y aunque comparte el segundo, con descaro también se lo roba en la estupenda actuación de Carolina Politi. Dicho sin demérito de Miguel Cooper, muy propio en su personaje de escritor comprometido; de la hija: Diana García, que proyecta el peso de tener una madre agobiante como la suya; y la brevísima participación de Edzna García, quien sirve, principalmente, para dar una pequeña escena alusiva a la apoteosis del escritor dramático.

137

Papel importante juega el vestuario en la obra (a cargo de Saúl Hernández). Los personajes están preparándose para un viaje. La hija es quien está a cargo de guardar las cosas y desempacar una vez en la casa junto al mar. Es la geografía europea, en donde varias de sus playas son frías y esto justifica que lo que empaquen sean en su mayoría abrigos y en general ropa para protegerse de ese clima. Al contemplar el drama de madre e hija se nota que nunca han experimentado el calor del entusiasmo y sólo les queda buscar el abrigo externo. Empacar es una de las tareas escénicas de la hija. La madre en una ocasión revuelve ese guardarropas portátil. Es una exhibición de poder. Hay ciertos personajes que es lo único que les queda como forma de compensación ante su fracaso. En el piso se extiende el revoltijo caótico de prendas. Muy propio del caos existencial de las dos mujeres. Aunque la hija acomode las cosas es incapaz de ordenar lo más difícil: su propia vida. También es muy significativo que en el segundo acto y ya en la presencia del escritor lo que la hija desempaca es la ropa interior. Es decir, ante un extraño expone sus pertenencias más íntimas tanto materiales como humanas. El escritor se apropia de tal manera de esta privacidad que las pantaletas de la madre quedan en la solapa de su saco. También de manera simbólica esa ropa que significa el viaje exterior que realizan los personajes también simboliza el viaje interno que estos traslados también implican. Mientras la hija guarda las cosas, la madre se sume en sus recuerdos, acomoda así la maleta de su memoria. En ese sentido el autor retoma el elemento teatral de los viajes.

En cuanto al vestuario de los personajes sobresale el traje sastre de la madre, de color gris oscuro que algo tiene de ejecutivo, pero también de ascetismo amargo y que se enfatiza con el cabello que se está tiñendo de gris. La hija en contraste porta una minifalda, pero las piernas están protegidas por unos mayones negros. En la parte superior viste un chaleco de cuero color vino. Es un atuendo en general sexy, con los brazos descubiertos. El peinado lo tiene recogido, lo que se convierte en un contraste de seriedad o de extensión de la amargura materna. Por eso la imagen que proyecta es de una rebeldía incompleta. El escritor viste un pantalón de mezclilla. Unas botas vaqueras, un saco de cuero. La dureza de las botas aporta un paso firme y fuerte. Su atuendo, en general, a una informalidad y, por lo mismo, a una apertura a la vida.

138 En el segundo acto y en el contexto laxo y sensual de la playa (bien resuelto por el escenógrafo e iluminador Germán Cárdenas) la mujer mayor viste una bata rosa y un turbante morado que, desde luego, la rejuvenece. La hija, uno puede suponer que a instancias de la madre, en esta representación juvenil, viste un traje de marinerito azul. Lo que, desde luego, la aniña. Transformación que implica que quien quiere jugar de pareja del escritor es la madre, independientemente de la atracción que la joven también experimenta por el invitado. El escritor viste un pantalón de mezclilla, el torso está desnudo y se cubre parcialmente por un saco azul, no se sabe de dónde lo sacó pues su maleta es especialmente pequeña.

A propósito de los elementos eróticos de la obra resulta que la madre, en su calidad de dueña, es quien invitó al escritor. Sin embargo, es evidente que la hija también guarda su inquietud por el personaje masculino. Ya en el primer acto a la joven se le ve tocarse el sexo y en el segundo masturbarse abiertamente con los juguetes de playa. También en el segundo acto se termina despojando del vestuario infantil. De hecho se muestra en un lapso desnuda de su torso y portando unas bragas blancas. Después se recompone poniéndose el sujetador y cubriéndose con uno de los sacos oscuros. También en este acto se suelta el cabello y se pintarraja la boca y los ojos, traspasando el caos de la ropa a su persona misma, significando un desequilibrio profundo.

La obra maneja dos escenarios. En el primero los objetos forman las puntas de un cuadrado, formado con los elementos con los que inicié esta reseña. Aunque la madre por momentos se levanta de la silla, también en ocasiones se desplaza sobre de ella, en tanto que ésta, como he dicho, es movable. En un momento la mujer sube con la silla por la rampa, para dejarse deslizar por la pendiente (nuevo signo de caída). Si bien la madre gusta de tomar té y de hecho le reclama a su hija el no saber la ciencia de la infusión. Pero no es el único estimulante que toma la mujer. Bebe coñac y le exige a la hija que la copa esté rebosante. La silla, entonces, le viene bien para sobrellevar los efectos

del alcohol. En cuanto a los pasos en la hija marcan el enojo; en la madre son titubeantes (la bebida, la edad, el efecto dramático que este personaje busca continuamente). Dentro de los movimientos hay que agregar que madre e hija bailan, se besan y se abofetean, como ejemplo de su amor-odio.

En el segundo acto los movimientos son más sueltos, como lo son en un lugar de descanso. La madre se permite abrazar a su invitado, pero también lo deja desmoronarse en la arena.

Sobresale el tapanco en donde están las sillas para la madre y el escritor, mientras la hija juega en la playa con los juguetes que se tornan eróticos. Destaca un retrato arrumbado en los cimientos del tapanco. Es Lenin que se vuelve una representación de las ideologías vencidas, arrumbadas en el fondo de nuestras conciencias capitalistas. Hay también un sillón ejecutivo viejo y semidestruido tirado en la arena. Seguramente perteneció al padre que al igual que el sillón fue utilizado y después arrojado como despojo.

139

El escritor tiene mayor afinidad con la hija. Le ha prometido darle algunas clases y caminar con ella a lo largo de la playa. E intentan hacerlo, pero pesa la mirada vigilante de la madre, quien busca monopolizar la atención de su invitado. No es generosa con su hija, no lo fue tampoco con su marido. Es un ser patológico en su egoísmo. Quiere al escritor para ella como de ella es su hija.

Hay un momento en que al subir las escaleras del tapanco la madre titubea y es el escritor quien la sostiene de las nalgas. Es un personaje en busca de asideros, aunque estos se vuelvan grotescos. La dirección de David Hevia (quien también hace la traducción y el ajuste de la dramaturgia de la obra) contribuye con estos matices a enfatizar la intensión autoral.

La madre está en el escenario antes de que las luces la iluminen el primer acto. Toma por sorpresa al público y sin tregua empieza su largo alegato, apenas se ha anunciado la segunda llamada. “Fue idea mía”, comienza justificándose, y es que en el viaje ritual que realiza con su hija a la playa, hay un elemento nuevo: el escritor al que han invitado. Monólogo alucinante que demuestra las dotes hipnóticas de Thomas Bernhard. El teatro es también palabra y ahí está demostrando el escritor austriaco el virtuosismo oral de su protagonista, quien juega con varios temas. Es como asistir a la danza de una serpiente. Y, efectivamente, el público se ve rápidamente envuelto en el encantamiento. La mujer habla de lo relativo del éxito, claro, ella que no lo ha conocido; la soberbia de los escritores “que creen que mueven el mundo”; la trascendencia como obsesión humana; el tema de su viaje a su casa de playa, que es la acción que le da sentido a su vida y a la de su hija; la fundición del marido, con quien se casó por interés; el fastidio y la repugnancia que éste le producía y que la convierte a ella también en un personaje desagradable; un hijo muerto; el desprecio que el padre sentía por su hija, por su condición

140 femenina; del bajamar y del pleamar, ella que no conocía las aguas marinas: “no es humano quien no ha visto el mar”, dice el personaje; de la maleta-baúl, que fue lo único que ella aportó a su convenenciero matrimonio; de las palabras obsesivas de su marido: “bien está lo que bien acaba”, frase absurda, pero que es muy efectiva en el monólogo de la mujer; para regresar, en esta construcción circular a que fue idea suya invitar al escritor dramático: “el público aplaude si es que tiene ganas de hacerlo”, dice descalificando el éxito. Mujer que nunca tuvo grandes ambiciones espirituales; también por eso se burla del papa: “alguien dice que es el papa y es necesario para la humanidad”. Y tiene razón es absurda la sola idea, que no es distante, en otros parámetros, de la otra, “¿cómo se hace un autor dramático?” La mujer comenta la obra de su invitado y del título que le puso: “Sálvese quien pueda y lo cierto es que nadie se salva”, le complace la ironía.

Aunque la mujer comienza hablando sola, al poco tiempo la destinataria de este largo monólogo es su hija a la que siempre vemos en tensión. Es claro, algunas de las revelaciones de su madre son terribles para ella. Después de todo es su padre de quien se habla tan despectivamente. Por otra parte, este personaje está totalmente sujeto a la madre, lo atiende como si fuera otro elemento de la servidumbre. También en eso la madre ha sido terrible y ha devorado a su hija manteniéndola a su lado. Es realmente un ser despreciable como el tipo de basura humana que dice retrata el escritor dramático al que ha invitado. Este último personaje aparece al final del primer acto. Para este momento ya ha quedado claro, la madre si bien es despreciable, también es un personaje con muchas posibilidades teatrales y hasta eso teme, en oscura fantasía, darle material a su convidado.

La negrura de la obra permite que al público no le extrañe que madre e hija bailen, se besen en la boca o que incluso la progenitora le ponga el anillo matrimonial a su hija. Y, sin embargo, constantemente la menosprecia (entre otras cosas le parece fea) y le señala sus limitaciones que contrastan con la alta imagen que la madre tiene de sí misma: “Sólo me fastidian los otros. Yo soy muchos”.

Ya para el segundo acto el escenario se ha convertido en la casa de playa. Y empieza la parte dialogística de la obra: el diálogo se da con el escritor. Es alguien que está más a la altura de la mujer, en tanto la hija apenas puede intercalar algunos breves parlamentos con ella. En el intercambio con el escritor se observa que si bien la madre es un ser con posibilidades dramáticas, y es el personaje que sostiene la obra, contrasta con la serenidad y la veta creativa del invitado. Un ser que, en contraste, luchó por su identidad y sus sueños. Un ser valiente y preocupado por la miseria humana. Que más que dejarse nublar por el éxito, se mantiene con los pies en la tierra. Y que sabe que en realidad la repercusión de un escritor es muy limitada. Que también

es capaz de recodificar los fracasos y aprender de ellos y también abre la brecha con su anfitriona a quien está vedado los misterios de la creación. Esa es la gran distancia que los separa. El fracaso del escritor que quiere cambiar a la sociedad y, sin embargo, su intento lo ennoblece. Muy distinto al fracaso de una mujer acomodaticia y con una vida que le es tan a disgusto. También le sorprende que el escritor pueda describir tan vívidamente situaciones que no ha experimentado. Y en eso percibe su propia limitación. Por eso acaba por reconocer: “Está usted en la meta, señor. El más feliz de los hombres”. Y aunque lo está en cierta forma, el escritor tiene conciencia de que, desde su posición artística, el espectáculo de la miseria humana no es gratificante.

También el autor Bernhard a través de sus personajes se permite una crítica generacional: “nunca ha habido una juventud con tan poca fuerza”. Y con el fondo de esta frase la obra insiste en su simbolismo cuando la hija intenta cargar ella sola la maleta-baúl, como si fuera el mundo sobre sus espaldas y ni con la ayuda del escritor puede sostenerla por mucho tiempo. Lo que antecede el final de la obra, cuando la hija, que se ha pintarrajeado la cara de manera escandalosa y enloquecida, se acerca a la pequeña maleta del dramaturgo. Y uno se pregunta: qué horrores puede contener las pertenencias de un escritor que nutre su trabajo con las peores esencias humanas. La hija pega, al descubrir el contenido, un grito desgarrador. Ha abierto la maleta de Pandora.